

# EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 53

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUBIELA

## EL SIGLO

### Tira y afloja

Se encuentran algunas veces entre los eclesiásticos algunos espíritus rectos que comprenden cuanto perjudica la intolerancia a la causa de la Iglesia Católica; pero que por mas que lo comprendan, se ven obligados por las prescripciones de la misma Iglesia a hacer causa común con el fanatismo y servirle de instrumento.

Creemos que esto le sucede al Reverendo Padre Monseñor Reginaldo Toro, nombrado recientemente Obispo de Córdoba en la República Argentina. —*L'Italia* hace notar en un discreto artículo el contraste que ofrece algunos párrafos de la Pastoral dirigida a sus Diócesanos por el nuevo Obispo, con otros párrafos que se encuentran en el mismo documento. Nuestra impresión es que monseñor Reginaldo Toro no es personalmente fanático, y que juzga con buen criterio aquellos puntos en que le es permitido usar de su razón; pero que hay otros puntos en que carece de la libertad de juicio, porque han sido prejuizados por la Santa Sede.

Así por ejemplo, al principio de su pastoral, dice el obispo de Córdoba que los sacerdotes educados y virtuosos a la vez, escasean aquí como en todas partes: que este es un signo característico del tiempo en que vivimos: que los pueblos, que progresan en civilización y cultura, exigen también una educación más perfecta y una instrucción más completa en los jóvenes que tienen inclinación a la carrera eclesiástica; que el mismo pueblo reclama y espera ver más perfección de vida, de costumbres y de educación en el sacerdote que diariamente le habla de todas las virtudes cristianas, que debe ser su guía y su luz y que reclama el respeto y la sumisión debidos a su sagrada investidura, a la doctrina que profesa y al ejemplo que debe dar; y que si ve que los mismos sacerdotes no practican las doctrinas que predicán, con razón condena sus faltas y lo que es peor vacila en la fe y acaba por perderla.

Esto dice Monseñor Reginaldo Toro; y hace muy poco que hemos visto escritores católicos que han sentido la mano a algunos liberales porque habían dicho exactamente lo mismo que el obispo de Córdoba.

Pero al mismo tiempo Monseñor se ve obligado a anatematizar duramente las lógicas masonicas, porque en ese punto ya no puede aplicar su propio criterio. Desde que la masonería está condenada por la Santa Sede, los Obispos no pueden menos de hacerse eco de esa condenación.

También dedica la Pastoral algunas palabras a la prensa católica, y en esas palabras hay algo de dulce y también algo de amargo. El Obispo saluda con placer la cooperación de una prensa católica bien dirigida: pero advierte que esa prensa debe ser ante todo católica en espíritu y en verdad, y no solamente en su nombre: que su principal objeto debe ser iluminar al pueblo católico en todas las cuestiones religiosas, más bien que patrocinar a los partidarios de la fracción política a que pertenece, y que su lenguaje no debe separarse jamás de la moderación y de la caridad que convienen al escritor católico cuando habla con sus adversarios y aun con sus enemigos.

La Pastoral predica también contra el excesivo lujo, y hace muy bien en esto; pero a renglón seguido aconseja que las economías que se hagan disminuyendo el lujo, se inviertan en aumentar el *dinero de San Pedro*. —Ahora bien: los que fijen su atención en las enormes sumas que entran diariamente en el Vaticano como ofrendas voluntarias de los católicos de todo el mundo, saben muy bien que el Papa, lejos de hallarse necesitado, tiene fondos mas que sobrados para vivir y mantener el Sacro Colegio, las congregaciones piadosas y todas las obligaciones inherentes a la alta posición de Su Santidad. —No sería pues mas justo, mas humano y mas caritativo que las sumas que se economizan por la disminución de lujo se invirtiesen en socorrer a los necesitados que abundan en todos los países? ¿Estamos persuuadidos de que el señor Obispo de Córdoba no ha de hallarse muy distante de pensar como nosotros en este punto: pero como desde el Vaticano se encarga siempre a los preladados católicos que procuren fomentar el envío de fondos destinados a engrasar el *dinero de San Pedro*, Monseñor Toro no ha podido menos de incitar también a los fieles católicos de la diócesis de Córdoba que no se olviden de contribuir con sus donativos a sostener el lujo y la ostentación del *prisionero del Vaticano*.

### Suscripción popular

Para socorrer a las víctimas de las inundaciones del Rio Yeguaron y Rio Negro.

El Siglo	\$	20 00
Aguiles Ferriolo		10 00
M. G. Fourcade		1 00

Julio Mailhos	10 00
J. P. Pouyanna	4 66
Leon Strauss	5 00
Etchebest Hermanos	10 00
Jacobo Etchebest y Munyo	10 00
Juan Munyo y Ca.	10 00
Teófilo Diaz	10 00
Fernando Grané	10 00
Luis Lucchini	10 00

(Se reciben donativos en esta imprenta).

## MÁLAGA

I

Es Málaga la cuarta población de España: despues de Madrid, Barcelona y Sevilla, no hay capital de provincia, Valencia inclusive, que la aventaje, ni en número de habitantes, ni en producción, ni en comercio, ni en movimiento industrial. Y respecto al clima, nada hay que decir: es rival de Nápoles en su azul-Mediterráneo; rival de Niza, de Tenerife, de Pau, de todos los templados [albergues europeos donde la piedad atmosférica se patentiza mas.

Tiene Málaga una porción de nombradas a cual mas merecida: su vino, su moscatel, el primero sin duda, entre los vinos *hembras* ó dulces, sus pasas, que en cantidad de cien millones de reales anuales, bajan de sus montes todos los otoños en sus arduas cajas, y van a proveer al mundo entero del mejor postre de invierno; sus uvas, que, por los que, como para mí, las han tenido por segunda nodriza, ó lo que es lo mismo, se han detestado con ellas, son la mejor de las frutas conocidas e imaginables, aunque no se coman con queso, y luego sus naranjas, dignas émulas de las de China y del Africa; y sus higos, pródigos de miel, y sus limones dorados, y sus granadas coralinas, y hasta sus acimatados frutos tropicales que, como por ejemplo la chirimoya y la piña, se dan ya al aire libre en aquella verdadera huerta de Europa... y de sus productos acutícos ó marítimos, ahí está el boqueron, el infantil, el sabroso, el famoso boqueron, que solo se produce en aquella zona cerúlea, llamada con este motivo por un poeta justo, la *Inclusa del Mar*.

Y si de esas nombradas alimenticias y materiales pasamos a las del orden intelectual y moral, Málaga también se presenta en honroso lugar de la respectiva Estadística. Tienen sus hijos fama de inteligentes: el que consiguiera enseñar al público un malagueño tonto de remate, haría ciertamente una fortuna loca, aunque pusiera la entrada a ochavo. El injusto refrán de «mata al rey y vete [a Málaga], nos da, a través de su exageración, la idea de lo que es aquella inteligencia regional, ó local, aplicada a los arduos de la justicia ó del derecho. De su andalucismo puro y sin mezcla, no hay para que hablar. Todo el mundo sabe el gran carácter típico contenido en el majo del Perchel, en el marinero de la Malagueta, en el *partirito* campesino del Colmenar, en el *cancero* de la Trinidad ó de la Goleta. Ni Córdoba, ni Jean, ni Cádiz, ni Granada, presentan a este respecto mejor muestrario clásico. En aquel personal esta la quinta esencia de Andalucía: es positivo. Y así viene pasando desde que los reyes católicos se posesionaron de la Alcazaba, y cristianizaron a Málaga, en lo posible, esto es, hasta donde pudo alcanzar su noble misión, que no pudo pretender la extinción completa y absoluta de nuestra idiosincrasia moruna...

II

Restame ahora hablar de la mas grave y notable condición de la Málaga presente, es a saber: de la exaltabilidad, de la vivacidad, de la impresionabilidad excesiva de aquel pueblo alegre, desprecupado, inculto é ingobernable, que con su vaso de vino y su *jurel* (pequeño pescado muy abundante allí) se da gastronómicamente por satisfecho; de aquella *ocianglera* muchedumbre que pasa la semana trabajando en los talleres, y el domingo dejando en la taberna la mayor parte de su jornal de ocho días; de aquella masa en fin, insuperablemente democrática, donde el respeto no puede ni ha podido nunca imponerse de real orden, y que yo no quisiera haber visto en la edad media, cuando habia señores y vasallos, cuando la gerarquía era más que una convención, porque se hacia respetar con el chafarote y la horca.

Naturalmente, todas las ideas extremas son predominantes en aquel temperamento público de exaltación tan intrínseca. Cuando la efímera República Española cometió la torpeza suicida de dar alientos al federalismo, el llamado *canton malagueño* fué de los que mas ruido dieron, y mas sangre costaron. Las tropas del Gobierno constituido triunfaron allí costosamente de la inmensa rebeldía; pero los héroes de aquel desorden fueron muchos y muy singulares. De alguno de ellos ha quedado memoria indeleble: allí hubo Napoleones desarrapados, fieles por completo a la idiosincrasia popular que los llevó a morir.

III

La parte del elemento popular de Málaga que no es atea ó escéptica, es religiosa hasta el fanatismo. Para aquellos hijos de un soldado del trópico, no hay creencias templadas y a medias; no hay creencias reflexivas sino absolutas, es decir, que ó no se cree en nada, ó se cree en todo, en cualquier cosa, en lo primero que la superstición ó la farsa dan como pasto del día a los espíritus. Hacen pocas semanas, un panadero malacitano ha creído ver, ó ha dicho que ha visto a la Virgen, a la madre de Dios entre las llamas de su horno, y la noticia ha tenido un éxito terrible, aunque fosfórico ó de tempestad, en el seno de aquellos creyentes a su manera. ¡La gente que ha ido a la panadería! El terror respetuoso con que miles de ojos han acudido a contemplar el horno milagroso! El mismo panadero suponiendo que no sea un toco petardista, estoy seguro de que se cree a estas horas un favorito de la voluntad divina. Lo cual no le impedirá, de seguro darse una puñalada, cualquier sábado por la noche, con el mas pintado. Cuando los pueblos son así, sus encarnaciones típicas no pueden ser de otro modo.

S. Lopez Guizarro.

## COMPANÍA NACIONAL

DE

### Crédito y Obras Públicas

Por acuerdo del Sindicato concesionario de esta Compañía, se [avis]a al público que desde hoy a las horas acostumbradas de oficina (10 a. m. a 4 p. m.) comenzará la entrega de los títulos provisorios de las acciones.

Montevideo, 21 de Agosto de 1888.

2186-st.7

## COMPANÍA NACIONAL

DE

### CONSUMIDORES

DE

## GAS Y LUZ ELÉCTRICA

### Sociedad Cooperativa

#### PRIMER DIRECTORIO

Presidente:	Sr. D. Manuel Lessa.
Vice-Presidente:	> T. W. Howard.
Secretario:	> José A. Ferreira.
Vocales:	> José Shaw.
	> Arturo Richard.
	> Federico Paulier.

Aprobados definitivamente por el Poder Ejecutivo los Estatutos de la Compañía con las reformas introducidas por el Directorio, se declara abierta la suscripción a las «diez mil acciones» de «cién pesos» cada una que constituyen la «primera serie y dan derecho a la rebaja en el importe del consumo, acordada a los socios fundadores por el artículo 16 de los Estatutos.»

Los pedidos de acciones pueden hacerse por escrito en la Oficina provisoria, calle 25 de Mayo número 266 de 10 a. m. a 5 p. m. todos los días hábiles.

La Oficina facilitará los boletos para la suscripción, y dará a los interesados el resguardo correspondiente.

El vocal señor don José Shaw firmará los recibos de la primera cuota de «diez por ciento» en representación del Directorio.

Montevideo, Setiembre 1.º de 1888.

#### EL DIRECTORIO

2399.

## HECHOS Y RUMORES

El recurso de las firmas.—Leemos en el diario bonairense *La Prensa*:

La sociedad femenina está preocupada con la discusión del proyecto de matrimonio civil, conculada por los curas párrocos.

Numerosas comisiones de señoras y señoritas recorren los domicilios, con pliegos sueltos, en que recojen firmas de adhesión a la protesta contra el referido proyecto.

En algunas partes se les solicitan explicaciones, que satisfacen, diciendo que el matrimonio civil es un ataque a la religión; que la unión será un concubinato, repitiendo una frase tremenda que emplean algunos combatientes.

Se piden firmas de personas de cualquier edad, incluso las menores.

En algunos conventillos han ocurrido escenas entre serias y cómicas, a causa de que algunas de las buenas gentes que los habitan, reciben con recelo la petición.

Conocemos un episodio ocurrido en una tienda del barrio de esta imprenta: la esposa del comerciante firmó en uno de los tantos pliegos en circulación, acto que su esposo censuró vivamente; se produjo un desagrado, sin mayores consecuencias.

Refiriendo este episodio, algunas personas nos manifestaron que se había repetido en muchas familias.

Se ha conseguido poner el asunto a la órden del día en el seno de las familias, dándole motivo a largas discusiones entre las señoras y señoritas, pues como son muy numerosas las que declaran que no les corresponde intervenir en la cuestión, por no entenderla, las que así no piensan rebaten su conducta.

La solicitud ó prenta en cuestión fué presentada anteayer al Senado en 706 fojas con 27,603 firmas.

En la Caridad.—El miércoles 5 del corriente a las 8 de la mañana se celebrará la función mensual en honor de Nuestra Señora del Carmen, con comunión general, misa rezada y letanías cantadas, terminándose la bendición y adoración de la reliquia de la Santísima Virgen del Carmen.

Las personas que asistan a estos actos ganarán indulgencias.

Noticias comerciales.—*Burdeos, Setiembre 1.º*—Las pieles lanares del Rio de la Plata se cotizan hoy en este mercado como sigue: lana larga, fr. 142 a 145 los 100 kilos; media lana, fr. 115 a 117; borregas, fr. 112 a 115.

Existencia total de pieles lanares del Rio de la Plata, de todas clases menos de 1000 fardos.

Cueros vacunos secos mezclados con desechos, fr. 70 a 75 los 50 kilos.

Crin de caballo del sud, buena mezcla, fr. 105 a 110 los 50 kilos.

Maíz blanco y amarillo, término medio entre las dos clases, fr. 13.50 a 14 los 100 kilogramos. Trigos del Rio de la Plata, fr. 19 a 19.50 los 100 kilogramos.

Vinos de cargamento, especiales para el Rio de la Plata, fr. 44 a 45 la tonelada de cuatro bordalesas. Exportado para Buenos Aires del 16 al 31 de Agosto, 4,000 a 4,500 bordalesas.

—*Barcelona, Setiembre 1.º*—El vino tinto especial para el Rio de la Plata se cotiza hoy en Valencia de 28 a 29 pesos fuertes la pipa a bordo.

En la quincena del 16 al 31 de Agosto los embarques de vino tinto para Buenos Aires, de este puerto, Valencia y Tarragona, han comprendido de 1,500 a 1,750 pipas.

Inmigrantes.—En Agosto último recibió la República Argentina 10,880 inmigrantes.

Faros.—La instalación de faros argentinos en Punta Piedras, cabo de San Antonio, Punta Médano y cabo Corrientes, segun el informe oficial, representaría un gasto total de 424,020 pesos oro sellado.

El faro flotante del Banco Ortiz se estima en 14,000 libras esterlinas: el del Banco Chico en igual suma y el de la Barra en 16,000.

El *vientre de París*.—Acaba de publicarse el informe anual de la administración de consumos de la capital de Francia. El conjunto de lo que se ha comido y bebido en París durante el año 1886, es formidable. En carne figuran 180,500,000 kilogramos, unos 2,250,000 más que en 1885. Treinta y cinco millones de éstos ó una sexta parte del total ha sido importada del extranjero. La mayor parte de la carne extranjera procedía de Alemania. Los parisenses consumieron en 1886 cuatro millones y medio de kilos de carne de caballo, y 24 millones de cabezas de pollos y caza. Las liebres vinieron de Alemania y los faisanes y patos de Bélgica.

España entregó 2,100,000 alondras y otros pajaritos. Italia remitió dos millones de pichones. Austria y hasta Rusia contribuyeron a alimentar París. El setenta y cinco por ciento de la caza que París devoró llegó del extranjero.

La importación de ostras a París ha sido doble que en 1876; en aquel año los parisenses recibieron 98,500,000 ostras, y en 1886 más de 200,000,000. La mayor parte la remitió Portugal.

Las bebidas que entraron en París en 1886, suman 43,000,000 de hectólitros de vino, 272,205 hectólitros de cerveza, y 299,563 hectólitros de sidra y otros vinos de frutas. Es de notar que París consume poca cerveza. La capital de Francia absorbe una quinta parte del vino que produce la nación. Por término medio cada parisense en 1886 ha comido 148 kilos de pan, 10 kilos de pescado, 3 kilos de ostras, 10 kilos de pollos y caza, 74 kilos de carne, 7 kilos de manteca; y bebido 186 litros de vino y 11 de cerveza.

Hotel en los Pocitos.—Buenos Aires, 1.º.—Embarcadas para Montevideo el señor Florencio Escardó, despues de algunos días de permanencia en esta capital, ocupado en activar el negocio del gran hotel que bajo su dirección se construye actualmente en los Pocitos.

Trátase, segun entendemos, de formar en esta plaza una sociedad que tome a su cargo la explotación del expresado establecimiento que









## SOCIEDAD GENERAL DE CRÉDITO

DE LA  
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY  
Autorizada por el P. E. é inscrita en el Registro  
de Comercio

CAPITAL AUTORIZADO Y SUSCRITO  
\$ 7.500.000 oro  
MONTEVIDEO—ZABALA, 133.

### OPERACIONES

Toma letras de cambio por cualquier cantidad a la vista y plazos, sobre las plazas de la República Argentina, Brasil, Portugal, España, Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

Gira letras sobre las mismas plazas.

Expede órdenes telegráficas sobre ellas.

Dá cartas de crédito, para la introducción de mercaderías.

Anticipa fondos sobre conocimientos de efectos embarcados en póliza de seguro endosada.

Recibe depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Hace anticipos y préstamos sobre acciones y títulos y sobre cupones ó renta de valores depositados.

Descuenta letras, valores y pagarés a interés convencional.

Recibe depósitos de dinero, destinados a invertirse en efectos públicos, nacionales ó extranjeros, bienes muebles ó inmuebles, con participación de beneficios y con la facultad de liquidarse, con previo aviso de ocho días.

Hace préstamos a los agricultores.

" " " industriales.

" " " sobre inmuebles y con pacto de antierres.

Compra y vende campos, terrenos y toda clase de propiedades rústicas y urbanas.

Forma, tanto por cuenta propia como ajena, centros agrícolas, (colonias) en terrenos adecuados al efecto.

Patrocinia toda clase de empresas que se le sometan y mocan la aprobación del Consejo de Gobierno, realizándolas ó ofreciéndolas al público en comisión ó de cuenta propia.

Montevideo, Mayo 9 de 1888.

EL DIRECTOR GENERAL.

Horas de oficina: de 10 a. m. a 3 p. m.

## Consultorio Odontológico

DE  
ANGEL GUERRA

CIRUJANO-DENTISTA

Arapey, 114—Esquina (Colonia

MONTEVIDEO

Tratamiento de las enfermedades de los dientes, etc., etc. 48-pena.

**Doctor De León** Se dedica especialmente al tratamiento de las enfermedades internas y de los niños.—Consultas de 1 a 3 p. m. y para enfermedad de la garganta y venéreo sifilíticas, de 1 a 3 p. m.—Florida, 64, entre Uruguay y Paysandú. 88-p.m.b

### REMATES

José B. Gomensoro

POR COMISO

EN EL MUELLE DE CAPURRO

Mañana martes 4 de Setre, a las 12 y media en punto, remataré a la más alta postura por orden de la Dirección General de Aduanas y por comiso.

407 kilos. alpiste.

165 » tocino.

EN SEGUIDA

En el despacho de la Aduana también por comiso.

45 cajas tul de seda.

53 cajas pañoletas de seda.

400 gruesas hebillas para pantalones.

60 kilos percal.

12 kilos cortes para corbatas.

5 cajones desinfectante.

Por cuenta de quien corresponda.

20 docenas calzado para hombre y señora que se venderán en depósito.

4 cajones placa gelatinada con avaria.

2359-ag.29.

José B. Gomensoro

De té, betun, dátiles, ciruelas y fideos con avaria.—En el muelle de Capurro.

Mañana martes 4 del cto., a las 12 y media en punto, remataré a la más alta postura, con permiso de la Dirección General de Aduanas, con intervención de los señores Agentes de Seguros respectivos y cuenta de quien corresponda.

Rotulado, 1 bulto té.

A B—48 cajones dátiles.

" 48 » ciruelas.

" 27 » »

" 4 » »

" 28 canastos fideos.

Por orden del Consulado General de Francia, desembarcado del vapor «Ville de Victoria».

G C.—23 cajones betun con avaria.

2387-at.1

Septiembre 3

FOLLETIN

10

MISTRESS WOOD

LAS

## HIJAS DE LORD OAKBURN

(NOVELA ESCRITA EN INGLÉS Y TRADUCIDA POR \*\*\*)

Creo, contra la convicción de Mr. Carlton, que ese rostro era de alguien, y este alguien puede ser un enemigo mortal de la señora, que la hubiera seguido hasta Wennock Sud con intención de matarla, introduciéndose en la casa y fagándose después de cometido el crimen.

—Con todo el respeto que debo a la opinión del señor Juez, dijo un jurado, la suposición de que el veneno ha sido introducido después de llevarlo a la casa de la viuda Gould no se sostiene contra el hecho de que oía mucho cuando se desató, como ha jurado Mr. Carlton.

—Es bien cierto, contestó pensativo el Juez, y hé aquí lo incomprensible. Adelántese usted, Mr. Grey; estaba usted presente cuando su sobrino quitó el polvo y las telarañas que cubrían el recipiente y su cubierta, lo cual probaría que hacía tiempo que no se había tocado? ¿Pasaba esto después de ocurrida la muerte?

—Después, sí, señor; al volver a casa después de cerciorarse de la desgracia, mi hermano hizo notar que esto sería una prueba, ó que lo era (no recuerdo con exactitud sus mismas palabras), de que no había cogido el ácido hidrocianico. Federico, sin reflexionar, cogió un trapo y se puso a limpiar la vasija, sin que tuviera tiempo para detenerle; entonces le hice notar lo que acaba de hacer y el daño que resultaría contra su padre. Lo sintió pero ya no podía repararse su falta.

—¿No había mas ácido hidrocianico que aquel en casa de ustedes?

—No, señor, ningún otro.

El Presidente se dirigió al Jurado.—Si lo que dice Mr. John Grey es exacto, viniendo a corroborar lo dicho por su sobrino, debe concluirse que Mr. Stephen no ha podido poner ácido prúico en la preparación: ésta, al menos, es mi dictamen.

El Jurado hizo una señal de asentimiento a las palabras del magistrado.

—Señores, conocemos a Mr. John Grey como persona honradísima; además, ha declarado bajo juramento y delante de Dios.

Apénas concluyó de hablar el Juez, cuando se produjo fuera un gran movimiento, y las gentes reunidas en el exterior del salón se dirigieron afanosas hacia el hotel del Leon Rojo. ¿Qué pasaba? El Juez y el Jurado suspendieron la audiencia esperando que el ruido cesara; pero lejos éste de ceder, iba en aumento.

La multitud, en tropel y exaltada, invadió la sala; cada cual quería ser el primero en dar la noticia.

Se había encontrado una prueba inesperada. Todos los circunstantes se pusieron de pie, incluso el Juez y los miembros del tribunal. ¿Iba a hacerse luz?

¿Cuál corren las imaginaciones en tales circunstancias! Algunos decían ya que el criado Duk había confiado haberse dejado sobornar al llegar la bebida y había permitido que pudiesen veneno en ella, y el mayor número aseguraba que el cuerpo y piernas pertenecientes a la misteriosa cara habían sido encontradas y comparecían ante el Juez.

### CAPÍTULO XIII

#### La carta rota

El auditorio entero era presa de una viva conmoción, cuando la gente se introdujo en la sala de audiencia. ¿Qué iban a saber y qué luz aclararía el misterio?

Nada, sin embargo, que pareciera muy importante. Era un pedazo de carta encontrada en el bolsillo del vestido que tenía puesto la desgraciada señora el día de su llegada a Wennock-Sud. Lo extraño fué que aquel vestido, colgado detrás de la puerta de la alcoba, había sido visto por la policía y por Mr. Carlton, y nadie lo había registrado. El Juez examinó aquella hoja de papel toda arrugada; la leyó en alta voz a los Jurados y la pasó a éstos para que la examinasen también.

Hé aquí su contenido:  
«13, calle del Palacio.—Wennock-Sud.  
«El Viernes por la tarde, 10 de Marzo de 1848.

«Querido esposo mio: Quedarás sorprendido al saber que me he puesto en camino y que he llegado con felicidad a Wennock-Sud. No se me oculta que te enfadarás; pero ya no tiene remedio. Detodo hablaremos cuando nos veamos.

«Me he informado para avisar a un médico; todos me recomendaban con insistencia que me valiese de MM. Grey, pero he contestado que prefería a Mr. Carlton. ¿Qué te parece?

«El ómnibus del camino de hierro me ha sofocado mucho; me siento mal esta tarde y te ruego encarecidamente que...»

El trozo de la carta no decía mas. Lo único que venía después de estas frases era un gran borron. ¿Era que la señora había desistido de continuar su carta, ó era que por la mancha de tinta había empezado otra? ¿Quién podía adivinarlo?

El ruido y excitación producidos por la carta en nada aclaraban el misterio. La carta no decía quien era Mme. Crave, ni por qué había venido, y menos aún la causa de su muerte.

El Juez reflexionó algunos momentos, y mandó que se llamase útre vez a Mr. Carlton.

Esta se hallaba en el patio del hotel conversando con algunas personas [que la curiosidad había guiado hasta allí, no esperando, por cierto, que le llamasen de nuevo.

—¿Todavía me necesitan!—exclamó cuando el alguacil le trasmirió la orden.

—Hay algo de nuevo, señor. ¿No ha notado V. el tumulto?

—¿Algo nuevo?—repitió el médico.—¿Qué es ello? ¡Ah! Se trata de la figura del hombre,—añadió luego, como quien está poseído de una idea fija.

—No sé. El ruido era tan grande, que no he comprendido cual había sido el hallazgo.

Carlton entró en la sala del tribunal.

—¿Quiera V. ver esto, Mr. Carlton,—dijo el Juez, pasándole la hoja de papel medio rota,—y podría V. decirnos si es letra de la señora que ha muerto?

Mr. Carlton cogió el papel, lo miró y se acercó a la ventana. Allí lo leyó repetidas veces, dándole vueltas en todos sentidos. Después volvió a la mesa donde estaban el Juez y los jurados, quienes habían seguido todos sus movimientos con el mayor interés.

—¿Cómo puedo yo asegurar, señor Juez, si es ésta ó no letra de Mme. Crave?

—Usted recibió una carta de ella; ¿no podría V. reconocer su letra?

Carlton dijo que no se había fijado en la letra.—Si tuviéramos las dos cartas,—añadió,—se podrían cotejar; recuerde usted que no tengo aquella carta. Debo añadir que, vuelto a mi casa, he registrado de nuevo y no la he hallado. No me queda la menor duda de que la he echado al fuego después de haberla leído.

Era exacto lo que decía Mr. Carlton. De vuelta de su primera declaración había buscado la carta. Su primera convicción era que la había echado a la lumbre con otras de poca importancia que estaban sobre la mesa, y un nuevo y minucioso registro le afirmó mas en su idea.

—¿Entonces nada puede usted decir sobre esta letra?—preguntó el juez.

—Nada con certeza,—replicó Carlton.—Parece ofrecer alguna semejanza con la otra, pero no puedo asegurar hasta qué punto. Todas las señoras tienen hoy casi la misma letra.

—Pocas la tendrán tan bonita,—observó el juez, examinando la carta de nuevo.—¿Es usted corto de vista, Mr. Carlton, para haber necesitado verla cerca de la ventana.

Carlton miró de frente al Juez, en cuyo tono le parecía notar un principio de desconfianza.

—No soy corto de vista, pero la lluvia oscurece la sala y la noche se acerca. Pensé también que usted me entregaba un documento importante, que podía dar luz en el asunto, á juzgar por la impresión que se produjo fuera.

—También aquí,—añadió uno de los Jurados. No había mas testigos: había concluido la audiencia.

El Juez mandó evacuar la sala para que el Jurado pudiese deliberar tranquilamente.

Judith Ford estaba entre la gente que salía: había asistido al juicio, no sólo para satisfacer su curiosidad, sino para estar pronta a declarar en caso que hubiera sido llamada, por haber ayudado a la asistenta en el cuidado de la enferma.

Sentada en un rincón de la sala, había seguido los debates con la mayor ansiedad. Judith no pensaba más que en aquella muerte tan horrible: cada circunstancia estaba impresa en su memoria.

La gente, al abandonar la sala, fué formando grupos, en donde se hablaba animadamente del asunto, mostrándose todos impacientes por conocer el resultado.

Stephen Grey, su hermano y Federico no dejaron el hotel. Inútil es decir con qué angustia esperaban el veredicto del Jurado. El honor profesional, al menos de Stephen, estaba interesado en aquel fallo.

Judith pasaba por delante de la taberna de mistress Fith, cuando ésta la detuvo, preguntándole:

—¿Se ha concluido? ¿Cuál es el veredicto?

—No se ha concluido; están ahora deliberando. No me parece,—añadió con alguna inquietud,—que puedan declarar culpable a Mr. Stephen Grey.

—No lo creo tampoco,—contestó mistress Fith.—Parece extraordinario que se haya podido envenenar la bebida. Y ahora, Judith, ¿qué historia es esa de una figura humana en la escalera?

—Yo no sé,—contestó Judith.—Mr. Carlton dice que fué imaginación suya.

—Todo esto es bien extraño. Lo que sé es que si la pobre señora fuera una parienta mia, no me contentaría con semejante respuesta. Me parece que está V. mala Judith.

—Los sucesos me han impresionado tanto,—dijo ésta,—que no sé cómo podría estar buena. La cabeza me ha dolido mucho, y además, apenas he tomado alimento en cuatro días.

—¿Quiere V. tomar algo?

—No, gracias: me sería ahora imposible comer ó beber la menor cosa.

—Eso es absurdo; Judith. Usted toma el mejor camino para ponerse enferma de véras: la aventura es terrible; pero, en fin, era para nosotros una extraña, y no es razón para que dejemos de comer como de costumbre.

Judith no contestó a la insinuación.

—Tengo que buscar ahora una colocación,—dijo.—No hubiera pensado en esto si hubiera tenido en qué ocuparme: no quisiera tampoco ser demasiado tiempo gravosa a Mme. Jenkinson.

¿Podría usted indicarme alguna, mistress Fith? —Me han contado hoy que había falta una criada en el Montículo, en casa de unas personas recién llegadas.

—¿Son gentes recién venidas, dice usted?

—Sí; gentes que vienen de bastante lejos. ¿Cómo les llaman? ¿Chesney! ¿No es verdad? Sí, Chesney, en Cedar Lodge. Podría convenir a usted.

El coloquio quedó interrumpido por un gra-

rumor que se sentía en la calle. Era que la deliberación del Jurado había terminado, y abiertas las puertas de la sala, Judith llegó a tiempo de oír al Juez pronunciar el veredicto.

—Declaramos, dijo, que la difunta cuyo nombre por parte de su marido parece ser Crave, y cuyo nombre de pila se desconoce, ha fallecido por haber tomado ácido prúico mezclado con una bebida calmante.

No tenemos datos bastantes para afirmar por quién (con intención ó por error) se ha hecho tan funesta mezcla de ingredientes.

Stephen Grey quedada libre! Sus amigos le rodearon y le dieron un apretón de manos.

El joven Federico, loco de contento, pasó por entre la multitud, se fué a su casa y se encerró en su cuarto para ocultar su agitación y alegría.

### CAPÍTULO XIV

#### El interior doméstico del capitán Chesney

El tiempo, malo hacia ya días, se repuso; el sol al bajar del horizonte salió de entre las nubes, y con sus últimos rayos iluminó la casa blanca del Montículo, residencia del capitán Chesney, y el bonito jardín que la cercaba.

En el salón estaba sentada, muy pensativa, la hija mayor del capitán Jane Chesney, joven de unos treinta años, de un exterior suave y tranquilo, cabellos rubios y ojos azules, llenos de expresión. En toda su persona se notaba cierta melancolía, en que se adivinaba que su vida no estaba exenta de penas. Tenía delante un legajo de papeles que parecían facturas de mercaderes, y un libro de cuentas abierto.

Laura, su segunda hermana, estaba cerca de ella, puesta al piano, cuyas teclas pulsaba maquinalmente. Tenía veintitres años, y parecía aun mas joven. Era muy hermosa, con ojos negros admirables, de talle esbeto y gracioso, y además tenía el brillo y el encanto de la juventud.

Las jóvenes son en general vanidosas, y las guapas mucho mas. Laura lo era en un grado poco común. Tenía de su padre, muy encopetado con su gran alcurnia, el orgullo, que en ella dominaba sus demás cualidades, y también sus defectos.

Sin embargo, hacia tiempo que su orgullo había cedido en algo desde que una pasión mas fuerte había tomado posesion de su alma.

Amaba a Luis Carlton, y este amor, contra el que en vano había luchado, había operado un gran cambio en su vanidad.

Laura tenía puesto aquella tarde un elegante vestido de seda color claro; unas mangas de encaje cubrían sus blancos brazos, adornados con pulseras de oro. Jane llevaba vestido de merino merado, algo usado, cuello y mangas lisas. La una parecía destinada a habitar un palacio; la otra, con su exterior sencillo, para la vida del hogar.

Junto a la ventana bailaba, a los acordes del piano, Lucy, la mas joven de las tres hermanas.

Su traje era como el de Jane, de merino morado, pero todavía más usado. Lucy era una graciosa niña de doce años, con ojos negros, tan expresivos como los de Laura, y más bondadosos. Había en ella un aire de benevolencia y ternura que contrastaba singularmente con el de su hermana.

En el piso superior habitaba el capitán de reemplazo de la marina Real: aquel día estaba más encendido y colérico que de costumbre, como por lo común acontecía después que habían pasado sus ataques.

Los recursos de la familia eran bastante reducidos, pues el Capitán no tenía más renta que su sueldo. Así sus deudas aumentaban cada día. Había dejado los alrededores de Plymouth, donde vivió largo tiempo, á causa de sus acreedores, que no le dejaban en paz, y empezaba á suceder otro tanto en Wennock-Sud.

El peso de semejante situación recaía sobre Jane. Jamás padre alguno había sido amado con la ternura de Jane hacia el suyo. Hubiera dado la vida por evitarle un disgusto, y no se exageración, pues era capaz de todos los sacrificios. Las contrariedades y angustias continuas a una situación difícil, no eran para el jefe de la familia, sino para ella. Los afanes continuos, el entenderse con acreedores; el constante problema de hacer con diez shillings lo que otros hacen con veinte; la ansiedad en el presente; los temores sobre el porvenir eran para Jane, sufrida siempre, pero aniquilada con tantas preocupaciones.

Se hallaba sentada, como hemos dicho, teniendo los recibos de la semana, y hacia sus cuentas. Hacía números y daba suspiros, examinando el total, considerando que, como la semana anterior, no las podría pagar todas.

—Lucy, hija mia, no bales, me haces daño. La niña se detuvo algo sorprendida.

—No hago ruido, Jane,—contestó dirigiéndose a su hermana.

—No, pero tus vueltas aumentan mi dolor de cabeza.

—¿Te duele la cabeza, pobre Jane?

—Sí, Lucy, me duele horriblemente.

Laura se volvió, mirando a su hermana.

—Te vuelves loca con tus cuentas, Jane. Deja que las cosas vayan como quieran. Haz como yo, que nada me importan esas cosas.

—¿Dejar las cosas ir como quieran!—replicó Jane en tono de reproche.—¡Oh, Laura!

—¿Qué remedio puedes poner? Atormentádate la cabeza no le arreglarás.

—Alguien tiene que hacerlo; y si no soy yo, será nuestro padre.

—El puede desembrollarlas mejor que tú. En fin, él tiene la culpa de lo que pasa. Me han contado que si se hubiera conducido mejor no estaría de reemplazo.

—¡Callad, Laura,—repuso Jane con tono de autoridad.—¿Cómo os atrevéis a hacer semejantes observaciones sobre nuestro querido padre?